DEEP PURPLE

ABANDONO PÚRPURA

(Relatos breves inspirados en discos)















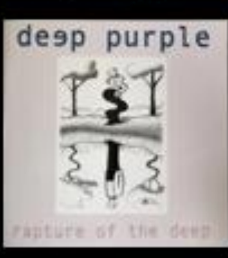














PABLO IGLESIAS

ÍNDICE

ALGUNAS PALABRAS

Esta serie de relatos surgió casi por casualidad. Hace unos años intenté hacer una composición con los títulos de los temas que integraban el disco de una banda amiga.

De ese ejercicio nació un cuento que les gustó bastante.

Entonces, me propuse hacer una serie de narraciones breves que recorrieran los álbumes de los artistas que admiro.

Muchas gracias a todos aquellos que han dejado alma y sudor para plasmar en canciones lo quelas musas inspiradoras dictaron para las historias y personajes que habitan esta recopilación.

A Pamela, Javi B, Entierro Prematuro, Gran Bandida, Diego Kamikaze y Tincho Astbury por su apoyo permanente y consejos.

Y a vos, por haberlo descargado para dedicar un tiempo a su lectura.

Espero que los disfrutes...

Pablo Iglesias

SOMBRAS DE PÚRPURA PROFUNDO

Septiembre de 1968.

Hey Joe. ¿Recuerdas cuando me llamabas así? La guerra terminó hace varios meses, pero no puedo lograr que el bombardeo en mi mente se llame a silencio. Necesito ayuda. Y creo que siempre lo haré. Las imágenes de la desolación se repiten una y otra vez. Cosas imperdonables que hice bajo la excusa de obedecer órdenes. Me dejé llevar y la dirección que seguí fue dictada por mis impulsos.

21 de enero de 1971

¡Estoy tan contento! Esperé mucho tiempo para volver a verte y compartir cada detalle de tu vida. Un nuevo despertar, un día más de lluvia. Me siento en la antesala del preludio a la felicidad. Te escribo estas líneas desde el micro que me llevará a tu encuentro. Los minutos se arrastran como si se complotaran en mi contra, pero nada me importa porque solo pienso en ti.

23 de enero de 1971

Ni siquiera la Tercera Guerra Mundial podría compararse con la devastación que me causaste. Todos estos años en que respondías mis cartas… ¿Era un amor fingido? ¿Te burlabas de mí? Jamás imaginé que alguien pudiera ser capaz de tamaña traición. ¡Y mucho menos… lo esperaba de ti!

25 de enero de 1971.

¡Amor ayúdame! ¡Por favor! ¡No me hagas esto! ¡No quería hacerte daño! ¡Él no me importa! Nunca me importó, pero tú… tú… Te escribiré en otro momento. Ya escucho el asqueroso ulular de las sirenas que vienen por mí, al gual que en la jungla.

19 de febrero de 1976

Mis manos pronto estarán atadas, al igual que mis pies y sentiré un último sacudón. El cura que me concedió los últimos ritos dejó caer algunas raíces de Mandrake. Ya nada me podrá dañar. Soy todopoderoso y volveré el tiempo atrás para enmendar todos mis errores.

EL LIBRO DE TALIESYN

Es un camino duro. De mucha exposición. A cada victoria te acecharán mayores retos. Supongo que no te importa lo que tenga para decir. Ya no te interesa continuar el legado de tu anciana madre. Aquella mujer de Kentucky que dejó su vida en el campo y terminó con las manos ajadas y curtidas por el uso de las herramientas. Pero por sobre todas las cosas, siempre se mantuvo íntegra.

Todavía puedo escucharla cuando te sentaba en su falda y te inculcaba a escuchar, aprender, leer y formarte. No quería que te convirtieras en una mujer vacía que solo buscara casarse y tener hijos. Deseaba que hicieras algo con tu vida. Y si se presentaba algún problema, sonreía y decía "Podemos solucionarlo". Lo susurraba con dulzura. Casi como un himno.

Pero supongo que tus sueños son más lejanos que estar a la vera de un río profundo, una montaña alta. Tus venas hambrientas de justicia y épica te arrastran lejos de la rutinaria vida familiar. Tu espada está sedienta por beber sangre de dragones, de hechiceras, de truhanes esclavistas y asesinos. Te

encomiendo a los dioses. Te vamos a extrañar y esta siempre será tu casa. Por si algún día quieres regresar.

PÚRPURA PROFUNDO

"¿Por qué no lo hiciste, Rosemary? No tomaste la píldora y el pájaro voló descontrolado. Escupió en el nido y dejó sus sombras grabadas. En algún rincón de tu conciencia ciega, sabías que había algo incorrecto.

Supongo que habrá sido aquella madrugada de abril. El pintor dibujó la nefasta línea de falla y distorsionó todos nuestros sueños. Los tuyos, de completar casilleros y convertirte en una Susanita. Y los míos… de libertad e independencia.

¿Por qué no tomaste la píldora, Rosemary? Tu egoísmo y consentimiento la hizo así. ¡Sabe Dios qué hará con nosotros! Ella nunca nos quiso. Lo único que quiere es quedarse con todo lo que supimos construir durante nuestros años felices."

El anciano tragó saliva y contempló a su esposa, quien se hallaba a su derecha. Ambos, atados de pies y manos en las sillas que habían utilizado toda la vida. Dirigió una última mirada hacia la figura que se erguía dominante ante ellos. En ella había una

mezcla de compasión, arrepentimiento y reproche lánguido. Negó con la cabeza y recibió el frío y metálico beso del cañón en la sien.

Se preparó para el trueno que pondría fin al paño de sus vidas. El corazón se estrujó en su pecho cuando susurró el nombre de la muerte.

Lalena.

EN ROCK

Ese tipo vivía al límite. Nada de chico puntual, ni el mejor partido. Era un auténtico chupasangre. Vivía de las mujeres hasta que ya no le eran de utilidad. Las seducía en su esplendor y las abandonaba hechas una ruina viviente.

Le gustaba jactarse y se autoproclamaba como un "Hombre duro de amar". Quienes lo odiaban, y yo mismo, decíamos que las seducía con el vuelo de la rata. Alimaña inmunda, sin códigos. Aprovechado y ventajero. ¡Cuántas veces hemos soñado verlo arder en el fuego!

Y sin embargo… ese asqueroso, innombrable… era yo. ¿En qué me había convertido? ¿Cuál había sido el atajo que había tomado para…

¿A quién carajo le importa? Mi esposa duerme a mi lado, empastillada. El Valium que le di era el doble del que le recetaron. No va a molestar hasta el amanecer. Tengo vía libre. Me visto rápido y me aplico el perfume afrodisíaco en los puntos estratégicos. Las chicas esperan en el yate. Voy a morderles la

banquina para derrapar en cada una de sus curvas como lo que soy:

El rey de la velocidad.

BOLA DE FUEGO

—¡No, No, No!

Ella se retorcía bajo mi dominio. La sacudía hacia uno y otro lado y sabía que la bola de fuego estallaría de un momento a otro.

¿Qué pensaban esos tontos? ¿Acaso creían que se iban a burlar de mí y salir indemnes? ¡De ninguna manera!

Hermosa, dulce, delicada. De cuerpo virginal y rostro de ángel. Nadie apostaba un centavo por mí. Y sin embargo, me acerqué con suma cautela para envolverla en mis redes y susurrar aquellas cosas que suelen endulzar los oídos femeninos. Esas bobadas que todas ansían escuchar. Ella sonreía y yo me partía de risa por dentro, al saber que le estaba metiendo la mula a la hija de alguien. ¡Ya se enterarían en ese pueblito de mierda! ¡Burlarse de mí! ¡Idiotas!

Su inocente y bello rostro se torció en una mueca que me congeló la sangre en cuanto el volcán amenazó. Mi mente reprodujo escenas del futuro y sueños del

pasado. No podía moverme. La suerte había cambiado. Ahora era yo quien miraba directo en el ojo del demonio. Era ella quien me había seducido. Para peor, estaba atado de pies y manos. A merced de aquellos que se mofaban de mí.

Sus carcajadas desgarraron mi ser y sus familiares vengaron mi torpe intento de conquista. Me revolví con desesperación, supliqué y grité, pero todo fue en vano.

Nadie vino.

CABEZA DE MÁQUINA

Acabábamos de dejar Venus. Habíamos tenido una gran fiesta en Marte. Quería hacer un último encargo y retirarme. Los envíos me exigen cada vez más. Me estoy haciendo viejo. O estoy más intolerante. Dicen que viene con el signo. Quizás soy de Leo, pero no soy un león. Eso lo sé. Ya hace tiempo que me olvidé de rugir. La rutina del trabajo del Transporte Espacial aplaca hasta al más impulsivo.

Nunca antes me había sentido tan desolado. Ni siquiera cuando perdí mi primera nave cisneriana en aquel asteroide de corrupción y delincuencia. Nallig-3. Lo recuerdo como si hubiera sido ayer. ¡Qué noche terrible! Un idiota con fuegos artificiales de segunda reventó el casino. ¡Hasta el mismo hangar voló en llamas! En el lago artificial se proyectaba el humo sobre el agua que acompañaba la ruina de mi alma.

Pero esto era muy diferente. El trabajo escaseaba por culpa de esos asquerosos autómatas y mocosos holgazanes dispuestos a rebajarse hasta lo indecible para conseguir un encargo y abandonarlo al día siguiente.

Quedé varado. Muy lejos de cualquier destino. Solo tengo una hora de combustible y electricidad. Lo único que me llevaré, impresos en la retina, serán los cuadros de casa. Mi destino está programado para convertirme en una estrella del camino. Y me extinguiré en paz.

¿QUIÉNES NOS CREEMOS QUE SOMOS?

El Murciélago Azul bullía al ritmo de una estruendosa música electrónica, vahos de sudor, vómito, afrecho y algunas sustancias no tan legales. Era el lugar indicado para aquellos que buscaban un momento de distracción o cerrar algún negocio… turbio.

Alfonso se abrió paso a empujones para buscar la mesa junto al escenario. Un ritual que repetía desde hacía un mes. Siempre llevaba un ramo de rosas. Se acodaba junto a las tablas y babeaba al contemplar a nuestra vedette estrella: “La mujer de Tokyo”. Todos creían que había nacido allí. Pero la realidad es que el dueño del boliche la había ganado en una apuesta al que regenteaba el cabaret homónimo.

Quienes la veían por primera vez quedaban impactados por sus largas piernas, realzadas por elevados tacos de quince centímetros. Las medias de red mantenían sus nalgas erguidas. Su rubia cabellera llegaba hasta el final de la espalda y su sonrisa tramposa invitaba a descubrirla.

Noche tras noche, su actuación era recompensada con la invitación a tomar una copa. El ritual culminaba en el cuarto reservado para ocasiones especiales, donde Alfonso y ella entraban tomados de la mano como dos adolescentes enamorados.

Su nombre era Mary Long. Nuestra dama. Nuestra bailarina suave. Y cuando los primeros rayos matinales la forzaban a entrecerrar los ojos y quitarse la peluca se convertía en Roberto, el super trabajador del taller mecánico de Wally Sprint.

Nunca sabremos si Alfonso conocía la verdad… Pero ¿quiénes nos creemos que somos para romperle la ilusión?

QUEMAR

Estaba harto de vivir a 200. Me sentía ahogado, oprimido y frustrado. En resumen… maltratado. Por la vida y por la situación que me tocó. No iba a dejar que la sangre llegara al río, por lo que decidí desenchufarme y salir a navegar.

El acuarelado cielo azul apenas era surcado por alguna nube de un blanco inmaculado. La brisa marina acarició mis fosas nasales y me invitó a respirar profundo. Casi creí escuchar un susurro: "acuéstate y quédate".

Eso hice. Inspiré, contuve el aire y mi mente dibujó imágenes agradables. Exhalé con lentitud para retomar el ejercicio. Al cabo de un par de repeticiones comencé a sentirme minúsculo. Como si el suelo se abriera y me tragara.

Los problemas y deudas se alejaron y experimenté algo parecido a la felicidad. Algo cálido me recorrió por dentro. En ese preciso momento, el cielo se oscureció. Un trueno interrumpió mi momento de relajación y amenazó con quemar la cabina de mando.

Una fuerza indescriptible me agarró por el cuello de la camisa y me increpó:

—¿Qué está pasando acá?

Intenté abrir los ojos, pero no pude. La voz de trueno abofeteó mis oídos y el vomitivo aliento, que eclipsaría a una horda de fumadores, me revolvió el estómago.

—¡No engañas a nadie! Mejor que te pongas el auricular de nuevo y atiendas esos llamados. ¡No te hagas el dormido! ¡Podría despedirte por esto! O mejor aún… ¡Podría tomar tu vida!

Ahora, los párpados me pesan como si tuvieran anclas, pero me las ingenio para espiar un poco. Mis labios se contraen en una sonrisa. Disfruto la expresión de pánico cuando él repara en el frasco que cae de mi mano. Lo toma y sus ojos se abren con desmesura. Palidece y se tambalea al advertir el nombre del veneno que desayuné. El infeliz del supervisor tendrá que buscar otro cerebro para quemar.

TRAETORMENTAS

La guerra había terminado. Al menos, oficialmente. Pero no para algunos. El mercenario todavía libraba su batalla interna. Aunque prefería ser llamado "soldado de la fortuna". Cualquier otro apelativo le sonaba despectivo.

Desde su regreso descubrió que nada es lo que parece. Que detrás de una supuesta cruzada con tintes políticos se ocultan espurios intereses económicos. La guerra es un gran negocio para algunos. Y él lo descubrió por las malas.

No era ningún santo, e hizo cosas innombrables que desearía poder borrar de la memoria. A su regreso no recibió medallas ni reconocimientos. Ni siquiera por aquellos por quienes creyó luchar. Su esposa lo abandonó apenas partió.

´ Dormía de día y por las noches arrastraba sus despojos para ventilar sus demonios. Daba la impresión de ser un fiestero, un bebedor serial de tragos altos allí, donde seguía el ritual hasta perder el dominio de sí mismo.

Por lo general, despertaba magullado en algún callejón. Los rayos del sol aguijoneaban sus aturdidos ojos. Se movía en cámara lenta y sus oídos retumbaban con los ecos de las propias miserias.

Esa noche había sido diferente. La gitana le vaticinó un futuro sombrío. Él se rio y la invitó un trago, seguido por otro, otro y otro. Salieron caminando de la mano una noche lluviosa tan ordinaria como cualquier otra.

Ya en la intimidad, la adivina le reprochó por haberla abandonado y casarse con esa estirada que lo había abandonado tan pronto como pusiera un pie en el buque. Él la abofeteó y rugió:

—¡El amor no significa nada! ¡Nadie vale el intento!

Ella agrandó sus expresivos y aterrados ojos negros al advertir la llegada del Traetormentas. El rostro del alienado veterano se deformó en una mueca socarrona.

La mujer intentó aplacarlo, temblorosa, pero él cerró ambas manos sobre su garganta, al tiempo que la cabalgaba con violencia. La falda púrpura y floreada se levantó para revelar unos muslos firmes de incipiente celulitis. Las uñas despintadas y

mordidas le rasgaron los antebrazos con desesperación durante dos eternos minutos. Sus ojos se apagaron en simetría con el asalto priápico.

Él se dejó caer sobre el cuerpo exánime y tardó varios minutos en recuperar el control de sí mismo. El cuarto comenzó a girar vertiginosamente a su alrededor. Estrujó el pecho izquierdo de la dama, pero no pudo sentir sus latidos. La desesperación lo invadió. La sacudió, le hizo respiración boca a boca y la abofeteó en torpes y frenéticos intentos por reanimarla. El lamento en su garganta distorsionó un clamor aterrado, mientras las lágrimas regaron el rostro inerte.

—¡Aguantá! ¡Despertá! ¡No me hagas esto!

Un susurro sombrío anidó en las concavidades de su mente. Aquella voz tan ajena y familiar que lo acompañaba en momentos críticos susurró con ponzoña.

—Sos una ruina viviente. Un desastre andante. No podés hacerlo bien con la única que amás.

Una fuerza invisible lo obligó a apuntar contra su propia sien.

El Traetormentas bailó de nuevo sobre un trueno.

VENÍ, PROBÁ LA BANDA

Amo a mi hijo. Vos sabés que sí, amigo. Pero me tiene cansada. ¡Es tan demandante! Sí. Ya sé. Seguramente a su edad yo era igual… ¡o peor!

Sé que no lo hace a propósito. O a lo mejor sí. Quizás el tarado del padre, además de no pasarme un centavo, le llena la cabeza para que no pueda salir. Hace hasta lo indecible para que me quede. Por eso, cada vez que conozco a alguien terminamos viniendo a casa. Como ahora, amigo.

Y ojo… tampoco es que buscara un chico amoroso por esos tiempos. Solamente quería curtir algo que me alejara un poco de todo esto. El dealer a veces me traía aspirinas que no me hacían ni cosquillas. Más que merca, parecía edulcorante. O "merda".

En esta época, donde el hambre está apretando más que nunca tuve que hacer de todo para darle de comer al nene. ¿Qué esperaban? ¿Qué trabaje? ¡Ni loca! No me gusta levantarme temprano, amigo. Para peor, al muy pelotudo del padre no se le cae una moneda. Aunque, a decir verdad, tampoco sé

si es el padre. No me mires así, porque vos también tenés tus fatitos por ahí. Y lo peor, es que te creés un latinlover, pero sos un pancho. Porque… vos te pensás que tu novia te es fiel. ¿Y sabés qué? Me la curtí. Sí, amigo. Así como lo escuchás. ¡Me la curtí! Y no una. Fueron varias veces. ¿O te pensás que venía a casa a estudiar? ¡Qué plato! ¿Quién se ríe ahora, ahora? ¡Boludo!

¡Ah…, claro! Eso te gustó, ¿no? ¿Imaginarnos juntitas? ¿Entonces? Bueno, en lugar de abrir las piernas por amor al arte, como muchas, yo cobro, gato. Es mejor que trabajar en una oficina disfrazado de pingüinito, como hacés vos, amigo. "Buen dia, señor" "Qué chota le chupo, señor". Dejáme de joder. Esa mierda no es para mí.

Pero no siempre me tocan tipos lindos. Alguna vez tuve que revolcarme con un vagabundo para que me dejara compartir una hamburguesa que había encontrado tirada en un tacho. ¡Cada uno!

Lo peor… ¿sabes qué? Es que cuando era chica soñaba con convertirme en la Dama Fortuna y vivir una vida glamorosa, llena de lujo y placeres. En lugar de eso… ¡estoy acá con un pelotudo como vos! ¡El marido de mi mejor amiga! ¡Y tengo que dejarme fifar por lo

que me quieras dejar a voluntad! ¿Qué te pensás que soy? ¿Un cacho de carne? ¡Yo también necesito amor!

Shhh… Calladito. No digas nada. No hables y seguí moviéndote.

PERFECTOS EXTRAÑOS

La dulce Lucy es una bailarina. Muy sensual. Los años le sientan cada vez mejor. Aún hoy sigue siendo muy cotizada. Todas las noches es rodeada por desesperados pretendientes. Como una abeja reina con sus zánganos famélicos. Ninguno osa propasarse. Temen terminar bajo el arma que oculta en el portaligas. Una noche, un muchacho se quiso hacer el gracioso y le tocó un pecho. Ella no claudicó y le abrió un tercer ojo. Esa gran mancha carmesí aún perdura en la memoria de todos los que estábamos allí esa noche. Y en la de quienes escucharon el relato con sus exageraciones.

Su mirada esconde miseria, días de hambre y atardeceres desperdiciados. Sus labios sonríen con malicia y un mero mohín de esa pequeña y tentadora boca genera la incomodidad de los espectadores.

Hay quienes dicen que desde que recibió el beso de una gitana adquirió poderes sobrenaturales. Que es capaz de proporcionar el placer más indescriptible en la cama a cambio de lustros de vida.

La leyenda también cuenta que detrás del pub “Sombras Eléctricas” hay un pequeño mausoleo con los trofeos de sus hazañas lujuriosas.

Dicen que anda suelta por tu barrio. A esta hora, no hay nadie en casa. El silencio en las calles amplifica el eco de un taconeo felino. Un lobo aúlla. Alguien está tocando a tu puerta trasera.

LA CASA DE LA LUZ AZUL

En la zona portuaria había una casita pequeña. Escondida entre un hangar y un taller metalúrgico. Casi como pidiendo permiso, por las noches emergía una luz azul.

Mitzi Dupree era la dueña. Bajo la fachada de un pub con números de varieté, se ocultaban varias habitaciones donde se ofrecían otro tipo de servicios. Era un secreto a voces que nadie osaba insinuar en voz alta.

El salón principal parecía una galería de arte con exclusivas fotos en blanco y negro. Imágenes que databan de aquellos días en los que llegó de Europa, coronada como la Campeona de ping pong de los Balcanes.

Su andar era propio de una bailarina, de muy buen porte y suaves maneras. Aunque en la intimidad, sus empleadas padecían su mala actitud. La leyenda afirmaba que ella misma hacía el control de calidad con las novatas y, si la complacían, podían quedarse a trabajar por un exigente porcentaje. Aquella era la ley no escrita.

Aún en sus cincuenta y algo, Mitzi era una mujer dura de amar que dominaba el arte de la seducción. En sus redes habían caído un diputado, un concejal y el comisario del pueblo. Perro Loco, como se lo conocía en el mundo de la noche.

Estaba locamente enamorado de Mitzi. Ambos habían forjado una sociedad que les garantizaba opulentos beneficios. Él hacía la vista gorda, limpiaba los tumultos y recibía su comisión. Ella lo recompensaba con creces.

Esa noche, Perro Loco había decidido proponerle casamiento. Se puso la camisa para ocasiones especiales, unas botas tejanas y un cinturón con una inmensa y ordinaria hebilla que llevaba su nombre grabado. Se había bañado con un costoso perfume que le había confiscado a un cafishio. Aseguraba que tenía propiedades afrodisíacas, aunque en realidad permitía que se lo detectara a doscientos metros de distancia.

Lo que no tuvo en cuenta fue el destino y su socarrón humor negro. Esa noche un nuevo pretendiente llegó a la casa de la luz azul. Se hacía llamar El Arquero Español. Mitzi lo escuchaba, embelesada, con ambos codos apoyados en la barra. Se había inclinado para ofrecerle una generosa visión

de su impactante escote. Perro Loco sabía que estaba en presencia de un legendario criminal, buscado vivo o muerto. Quizás, aquella noche no fuera tan mala, después de todo. Podría hacerse con una abultada recompensa, lucirse ante los pueblerinos y celebrar con la mujer que lo desvelaba.

Cada uno proclamó su derecho a quedarse con la codiciada Mitzi y las amenazas se cruzaron en ambos sentidos. La dama no podía decidirse, encantada por la situación.

Los parroquianos despejaron la zona y se guarecieron en cada rincón posible. Ninguno quería perderse el desenlace de aquella pintoresca escena. Inclusive, los más taimados, ya habían levantado apuestas.

El tiempo se detuvo. El preludio de la tensa calma fue el telón para la función que se desataría de un momento a otro.

El llamado de la selva retumbó en la sala. Ambos contendientes esperaron la señal. Mitzi apuró un trago de ginebra y apoyó el vaso, boca abajo, sobre la barra.

Los rivales empuñaron sus armas y dispararon.

ESCLAVOS Y AMOS

El Rey de Sueños regresa en forma imprevista de la guerra. Herido, maltrecho y cansado. Pero feliz. Sus súbditos y guardias se preguntan cómo es que aún se mantiene erguido.

El corte es profundo. La cota de malla lo oculta, pero se tiñe de carmesí. Pasos vacilantes devoran uno a uno los peldaños que los separan de su destino.

Él siente el ocaso de sus días y sus guardias le advierten que hay fuego en el sótano. Tal y como lo predijo la adivina. El eterno rival continúa el asedio y esta vez acaricia la victoria.

Su propio heredero en línea directa lo recibe con la mano untuosa de la hipocresía. Cree que la alianza con el depredador es ignorada. El Rey de Sueños lo estrecha en sus brazos y aprovecha el subterfugio para traspasarlo con la espada real. La vida del vástago se extingue con un destello de estupefacción, mientras el susurro paternal se marca a fuego como el eco en un abismo.

—La verdad duele, hijo mío. Te di lo mejor y solo has elegido compañías equivocadas que te han guiado por malos caminos. La agonía que sientes no se compara con la aflicción que me has provocado con tu afrenta a nuestra sangre.

El cuerpo inerte queda a merced del monarca, quien lo recuesta contra una pared. Sus ojos de mirada borrosa se entrecierran y rechina los dientes para reprimir un llanto que se llevará sus últimas fuerzas.

Las hadas que tejen el hilo de la vida tendrán que esperar unos momentos. Él acepta su destino y ya tiene un pie en el otro mundo, pero algo inexplicable lo mueve. El anhelo por compartir un último desayuno en la cama.

La Reina de la Dulzura sonríe, prístina y angelical, para estrujarlo en un reconfortante abrazo. Como si buscara reagrupar los pedazos de su alma desperdigados entre la guerra y la traición.

El beso de su amada le brinda nuevos bríos y las heridas comienzan a cerrarse. Al menos, aquellas que pertenecen a la carne. El guardia de confianza golpea la puerta y se excusa por la interrupción. Se queda

petrificado al contemplar a su maltrecho rey listo para otra batalla.

—El amor lo conquista todo, mi fiel amigo.

—Mi señor. Sabed que tenéis mi vida y la de mi ejército en vuestras manos. Hemos luchado demasiado, pero nuestro sino está sellado.

—Demasiado no es suficiente, mi leal paladín. Acompáñame una vez más y lo verás. No caeremos con tanta facilidad.

El servidor asiente en silencio y se postra ante su soberano. Este le palmea el hombro, vuelve a ponerse el yelmo y parte raudo para colocarse al frente del ejército.

Los siglos han pasado y la leyenda sobrevivió a la historia. Aún se cantan loas acerca de la épica batalla en la cual un rey liberó a los esclavos para que se convirtieran en los amos del reino.

LA BATALLA CONTINÚA

Él la había humillado demasiadas veces. Tantas que había perdido la cuenta. Palizas que la privaron de ir a trabajar en incontables oportunidades. La había alejado de su familia, de sus amigos y de su ciudad.

Todo por la ilusión de un caballero andante que la salvara de la miseria y el anonimato. Sus incipientes anhelos por sentir la carne de un hombre y la pasión desmedida, sumado a expresiones rutilantes, reuniones pomposas y el sueño de convertirse en leyenda hicieron el resto.

Durante años, soportó estoicamente los maltratos de aquel ser destartalado que la había engañado con tanta vileza. Ese, que en lugar de hablar de amor la mantenía cautiva bajo las condiciones más desagradables.

El funesto desenlace parecía obvio, pero hubo un giro en la historia. Anya, la otrora inocente adolescente se había convertido en una mujer fuerte y decidida. Era ella quien empuñaba el revólver ante el rostro de su marido.

—Lamelo. ¡Dale! Te va a gustar. ¿No es eso lo que me decías antes de reventarme la nariz de una trompada? ¿Qué pasa? ¿No te excita ahora? ¿No te sentís poderoso? ¡Mirá que tenemos tiempo libre! ¡Mirá cómo me dejaste los ojos! Parezco un mapache. ¡Por no hablar de la boca! ¿Quién querría acostarse con una mujer que parece una bolsa de boxeo?

Él suplicó, pero todo fue en vano. Las heridas invisibles se abrieron con cada sollozo y Anya perdió el control.

El cuerpo fue hallado al día siguiente. Inexplicablemente, nadie presentó cargos y ella continuó su vida en forma solitaria. A pesar de conservar su belleza sugestiva, no hubo quien osara involucrarse más allá de algún efímero amorío.

Sus ojos azules como el agua parecen perdidos aún hoy. ¿Dónde estará? ¿Quién será el caballero andante que enfrente a su quimera y confíe en su amor?

Anya sabe que la batalla continúa.

PERPENDICULAR

La Cantina de Rosa era el lugar con peor fama del pueblo. Un castillo de bribones. Pero a su vez, un lugar adorable.

En realidad, la dueña no se llamaba Rosa, pero me gustaba decirle así por el color de sus labios. La conocí en uno de mis viajes por trabajo. Recuerdo lo que me dijo aquella tarde en el hotel, mientras contemplábamos las cascadas: "no soy tu amante".

Creí que sería olvidado, pronto. Me preparé para lo peor. Ella regresó con una botella de champagne y dos copas. Nos sentamos en la cama circular, apoyó la cabeza en mi hombro, me besó el cuello y susurró.

—Algunas veces siento que quiero gritar todo lo que me pasa. Pero también quiero aflojar mis ataduras y poner un toque de distancia. Todas hablaban de un tal Ted, el mecánico. Me decían que era muy bueno con su herramienta. Pensé que era un mito hasta que te vi entrar en el bar aquella noche de lluvia. ¡Todo mi cuerpo me decía cuán atractivo te veías!

Estuve a punto de responder cuando alguien abrió la puerta, sin previa invitación y entró hecho una tromba. Llevaba un traje de mariachi y parecía desesperado.

—Hey Cisco! ¡Alguien me robó la guitarra! ¡Estoy seguro de que fue el aviador! ¡Ese malnacido! ¡Estaba durmiendo en mi habitación cuando…

Levanté una mano para indicarle silencio y le señalé el número del cuarto. Abrió los ojos en sorpresa y se quedó paralizado. El tiempo se detuvo unos segundos que se me hicieron eternos. Él se quitó el sombrero, hizo una reverencia a modo de disculpa y salió corriendo lo más rápido que pudo.

Rosa, que no se llamaba así, me tomó el rostro con ambas manos y me lanzó una de sus miradas encendidas para que retomáramos el vals perpendicular.

ABANDONO

¿Cuál era su nombre? Ella era una Jessica. O Jennifer. O algún nombre por el estilo. Da igual. Era una joven atractiva con el rictus agrio y envejecido de aquellas que queman noches con la misma sed con la que liquidan botellas de whisky. Su andar era sensual. Como si viviera en una pasarela. Le gustaba contonearse con su andar felino y atraer todas las miradas. No hacía distinción. Solía ir a la cama con cualquiera que diera la impresión de ser casi humano. Sí… Jenny… ¿o Jessy? Da igual.

Cuando se le acababa el dinero para seguir bebiendo se sentaba a horcajadas sobre algún parroquiano y lo estrujaba lascivamente hasta que le invitara una copa. Su cuerpo lo pedía a gritos, pero sus ojos suplicaban "No me hagas feliz".

Tenía la misma actitud y energía de aquellos mineros que se dejaban la piel cavando en las grutas. Pero su independencia pareció hallar su conclusión el día en que conoció al Malvado Louie. Un chupasangre que le quitaba casi todas las ganancias que obtenía en las ajetreadas noches. Y de yapa,

la sometía con violencia a la hora de la siesta. Cuando el pueblo estaba en el más absoluto silencio para que los vecinos escucharan sus jadeos y se murieran de envidia.

La había desposado a punta de pistola y la marcó con la hebilla de su cinturón. Como a una res. Ese, y todos los padecimientos venideros, serían cobrados algún día. Cualquier tonto sabe eso.

Por eso, aquella tarde de mayo, Sally… ¿O era Sophie? Da igual. Estaba en pleno 69 con Jack Ruby, un forastero recién llegado sobre el que pendía una abultada recompensa.

Tal vez fuera un experto en las artes amatorias. O quizás ella exageraba para humillar al Malvado Louie. Lo cierto es que sus gemidos extasiados llegaron hasta la taberna y lo enfurecieron. El esposo traicionado escupió una maldición y desenfundó sus dos pistolas para correr a buscarla. Juraba que se vengaría.

En cuanto pateó la puerta e intentó increparla se escucharon varias detonaciones. Nunca se sabrá a ciencia cierta quién disparó primero. Ni quién empuñó la escopeta que le abrió un hoyo en el entrecejo. ¿Fue Jack

Ruby? ¿O la misma Brenda? ¿O era Brandy? Da igual.

Ella se acercó al cuerpo inerte del Malvado Louie para patearlo y escupirlo hasta cansarse. El amante forastero la abrazó por detrás y la condujo hacia el patio. Sus hábiles manos la acariciaron con dulzura.

Ella se quedó mirando al cielo y se mordió el carnoso labio inferior. Él le susurró algo al oído y la hizo estremecer. Sus bocas volvieron a fundirse con avidez y Jane… ¿O era Julie? se sintió en el séptimo cielo.

BANANAS

La chiquita de cabello castaño enrulado era la imagen viva de la inocencia. Lástima que cuando crecen pierden esa magia. Pero a esa edad, es hermoso verlos caminar y disfrutar con su lengua de plata. Porque son sinceros. No tienen tapujos para decir lo que piensan.

Veo al adulto que la acompaña, obsesionado con sacarse algo que llaman "selfie" y levanta un brazo con un rectángulo negro. Ella chilla, mientras hace morisquetas y están así un buen rato.

Hace años que estoy en esta casa de dolor. Lo que es diversión para algunos, para nosotros no lo es tanto. Aquí no tengo privacidad. Dos veces al día un chico lleno de granos me trae algunas bananas. Me mira con miedo y me divierto asustándolo. Me imagino que sería muy gracioso ver cómo se las rebuscaría para hacerlo esta noche. ¡De alguna manera tengo que hacer que esto sea interesante!

Cuando era más joven solía provocar algún escándalo, pero después me hacían

lamentarlo. Así que, ahora el único momento de tranquilidad que tengo es cuando cae el sol.

La nena apoya su palma contra el vidrio y me acerco. Coloco la mía como si nos tocáramos y ella chilla encantada. “Tengo tu número” grita y hace un gesto como si me llamara por teléfono. Luego, acerca su pequeña y dulce boca e imprime un beso. Apoyo mi mejilla y ella se ruboriza.

El momento es hermoso, pero se esfuma demasiado pronto. Solo puedo resignarme a verla sacudir la manito en señal de despedida, mientras se aleja para continuar viendo otras jaulas.

Regreso a mi mundo para sumergirme en la tristeza del contacto perdido.

RAPTO DE LA PROFUNDIDAD

El dinero habla. Casi todos lo sabemos. Aunque, de tanto en tanto, aparece algún ingenuo que opina lo contrario. Ese fue el caso de Jerónimo Paz. Guitarrista y cantante. Se había comido la leyenda del rockero-poeta maldito y viajaba de pueblo en pueblo para canturrear sus canciones a cambio de algunos billetes, comida y un lugar donde dormir. Por supuesto que, nunca lo hacía solo. O al menos, fanfarroneaba acodado en la barra de la taberna, mientras no dejaba de mirar el hipnótico escote de Myriam. La escultural morena de ojos verdes y cuerpo que cortaba el hipo.

Por supuesto que una mujer así no podía estar sola en un lugar como ese. Era, claramente absurdo, pensar que Jerónimo podría tener la más mínima chance. Si bastaba con mirarlo. El cabello desgreñado, aceitoso, y el rostro cubierto por una pátina de brilloso sudor. La remera con un juego de dados tenía más agujeros que un colador. Y sus botas daban la impresión de hablar con cada paso.

Pero había algo en él que encendió la cálida sonrisa de la exuberante dama. En cuestión de minutos se acercó Brenda, una menuda y sensual rubia, levemente regordeta, con un escote que buscaba rivalizar con el de Myriam. Le susurró algo al oído y ambas hermosas mujeres se miraron con complicidad.

En ese preciso momento, las puertas del salón se abrieron con ímpetu. El más denso silencio se apoderó el lugar. Brenda murmuró un apenas perceptible: "No lo dejes ir".

Tomás Cruz, apodado así por la cicatriz que le surcaba el entrecejo y parte del párpado derecho, empuñaba un revólver. Ambos, hombre y arma, parecían ansiosos por rugir. Sus ayudantes formaron una suerte de cortina y buscaron encerrar al insolente guitarrista.

—Despedite de mañana, mocoso. —Escupió una oscura flema, a modo de desafío.

Algo en mi interior me impulsó a ponerme del lado del forastero. Después de todo… nunca me cayeron bien los bravucones. El círculo a nuestro alrededor se estrechó. Jerónimo y yo estábamos espalda

con espalda, dispuestos a vender cara la derrota.

Se podía palpar el odio en las miradas que nos rodeaban. Gruñí y me preparé para lo peor. En ese momento, él me agradeció con un graznido y advertí que la mirada arrobada de Myriam se posaba sobre él. Ver cómo se mordió el labio inferior y el destello de sus ojos despertó el rapto de la profundidad más oscura en mí.

Tomé una de las botellas de la mesa y se la partí en la cabeza. Se sintió como una explosión. Jerónimo se derrumbó, aturdido. Tomás me felicitó y disparó al techo, a modo de festejo.

La banda comenzó a tocar el “Blues del Depósito de Chatarra” y antes de que comenzara el tiempo de la celebración, Brenda me alcanzó para preguntarme qué me había pasado.

Rodée su hombro con mi brazo derecho, bebí el chopp de cerveza que me ofrecía y bajé la mirada para que nuestros ojos se encontraran.

—Me dio mucha bronca que un zaparrastroso como ése pudiera revolcarse con una mujer como esa. Además…

No me dejó terminar. Sus ardientes labios sellaron los míos en el mismo momento en el que arrastraban al desafortunado guitarrista hacia la calle.

AHORA QUÉ?!

Aquella ciudad extraña me recibió con una simple canción. Entrecerré los ojos y me dejé llevar por su hipnótica melodía. ¿Seré yo? ¿O este lugar quedó suspendido en el tiempo?

Me acomodé en la barra y pedí un trago. El momento era de increíble relax, luego de varias jornadas complicadas. El jazz suave acariciaba de fondo y podía escuchar el sonido de los cubiertos. Además, ocasionalmente, fragmentos de conversaciones de los comensales.

Alguien gritó "¡Las pagarás!" y acercó un cuchillo hacia una bella mujer. Lo detuve en el momento exacto en el que se disponía a marcarle el rostro. En cuanto se volvió lo derribé con un derechazo que encendió el griterío general.

Sentí algo pesado sobre mi hombro y no tuve que darme vuelta para saber que era uno de los gorilas que cuidaban el lugar. La dama en apuros levantó las manos y les pidió que me dejaran. Escuché el gruñido grave y desilusionado de uno de ellos, mientras ella

tomaba su abrigo. Rebuscó en su cartera y revoleó un par de billetes sobre la mesa.

—Es usted un hombre poco común. ¿Siempre se presenta a los golpes, señor…?

Me extendió una mano suave y perfumada, que llevé hacia mis labios y besé sin perder de vista las esmeraldas que encandilaban desde sus ojos. Me presenté y la escolté hacia la puerta de calle, la cual mantuve abierta.

—Después de usted, por favor.

Ella dobló sus rodillas levemente, a modo de reverencia, y su vestido azul permitió dibujar su línea corporal para abrir las puertas de la imaginación y más allá.

La noche nos rodeó con el frío del otoño. El cielo estaba perlado con las estrellas más incandescentes. Victoriosas ante la ausencia de nubes. La luna llena nos saludó con su resplandor y, al no poder conseguir un taxi, decidí parar un pequeño carruaje que dobló por la esquina.

Le pedí al chofer que nos condujera hacia algún sitio agradable para cenar. Él se volvió con una escalofriante sonrisa bajo un bigote triangular y su voz cavernosa respondió

en el mismo momento en el que un lobo aullaba:

—Por favor, llámeme Vincent Price.

INFINITO

La banda de Johnny estaba en su mejor momento. Se habían posicionado en la cima del mundo. Por supuesto, que no eran ningunos nenes de pecho. Todo lo contrario. Eran auténticas aves de presa dispuestas a lo que fuera para mantener el liderazgo en el negocio.

Por eso, cuando Giselle lo llamó desesperada para advertirle que Johnny se había enterado de lo suyo, él supo que la hora del alboroto llegaría de un momento a otro.

—Sácame de aquí. Ya no lo aguanto más. Todo lo que tengo eres tú. —Sollozó la voz femenina.

Él inspiró profundo e intentó pensar en una salida. Adoptó un tono sereno para tranquilizarla y le explicó su plan para dejar la ciudad y escapar hacia una vida juntos. La amaba y sabía que Johnny, su jefe, no la dejaría ir. Una noche en Las Vegas, completamente ebrios, habían hecho una estúpida apuesta que terminó con Johnny victorioso y Giselle, como trofeo.

No había día en que él no se reprochara aquel error. Moralmente, se lo debía. Johnny lo había sacado de la miseria. De los pantanos donde chapoteaba con las botas altas de pescador en busca de algún objeto que pudiera vender por algunas monedas.

Angustiosos momentos más tarde, se encontraron en la puerta del lujoso hotel donde se alojaba con el gran jefazo. Se abrazaron fugazmente, antes de iniciar una alocada carrera hacia la libertad.

En cuanto atravesaron la puerta calesita tuvieron la sorprendente revelación sobre la fragilidad de los sueños. Johnny sus muchachos los aguardaban, ametralladoras en mano.

—Sabía que no te habías resignado, muchacho. Era cuestión de tiempo que intentaras recuperarla. ¡Qué pena que las ratas como ustedes sean tan desagradecidas! ¡Liquídenlos! ¡Rápido! Quiero llegar a tiempo para ver el partido.

Lo último que la furtiva pareja pudo escuchar fue el ulular de los cañones que escupieron con acompasado frenesí para imitar el ritmo del “Blues de la Casa Rodante”.

WHOOSH!

Estoy bailando en mi sueño. ¿Qué cosa, qué? Ya te dije. Bailando en mi sueño. Vos te reís, pero ella se vuelve loca con mis pasos. ¿No viste que todos somos iguales en la oscuridad? Y bueno… supongo que entendés. Un poco de comprensión por aquí, un poco de escucha por allá. Algo de dulzura por acá… y el resto se fue dando paso a paso.

No hay hombre vivo que resista el poder de la luna y cuando el instinto se apodera de uno no hay remisión posible. Como sabrás, allí intercambiamos teléfonos… Y la dirección vino después. Nos vimos, hubo magia y el largo camino de regreso prometía mucha felicidad.

¡Pará! No hay necesidad de gritar. No pasó nada en absoluto. ¡Calmate! Tirá el arma. No hagas una locura. ¡Soltá el arma, carajo! ¡Ma, sí! ¡Hacé lo que se te cante! Pero eso sí… ¡tirá mis huesos en algún lugar digno!

El viento cerró la puerta con violencia y abrí los ojos. Estaba temblando, de pie frente a un espejo que tenía un orificio de bala. Miré alrededor. Me hallaba completa y

absolutamente solo. Y el arma, aún colgaba de mi mano.

RECURRIENDO AL CRIMEN

Jenny da un paseo mirando el flujo del río. Sus juveniles muslos y sus pies descalzos de bailarina atraen las miradas de adolescentes, padres de familia y ancianos.

Ella deja correr los buenos tiempos y se entrega a la neumonía del rock y la fiebre del boogie. Se encierra en el cuarto blanco. 7 y 7 es el tamaño de su reino. Algo grande para un dormitorio. Pero allí adquirió su fama de guerrera.

Los más desaforados dicen que ella sola podría haber ganado la batalla de New Orleans con sus muslos. Habría acabado con la resistencia del ejército enemigo sin la menor duda.

Jenny no busca encontrarle la vuelta a la forma de las cosas. Sencillamente las acepta y convive con ellas del modo más placentero posible, para deleite de sus vecinos. O bien... De sus vecinos y de pueblos aledaños.

Las malas lenguas afirman que ella es insaciable. Es deliciosa y se abre de piernas como un pollo sureño. Las señoras

conservadoras se santiguan ante su presencia y los puritanos murmuran que es hija del mismísimo Lucifer.

¿Será verdad? Lo cierto es que la hoguera de la pasión ya se llevó a varios sacristanes al cuarto blanco de Jenny, quien escucha las habladurías y sigue mirando el flujo del río.